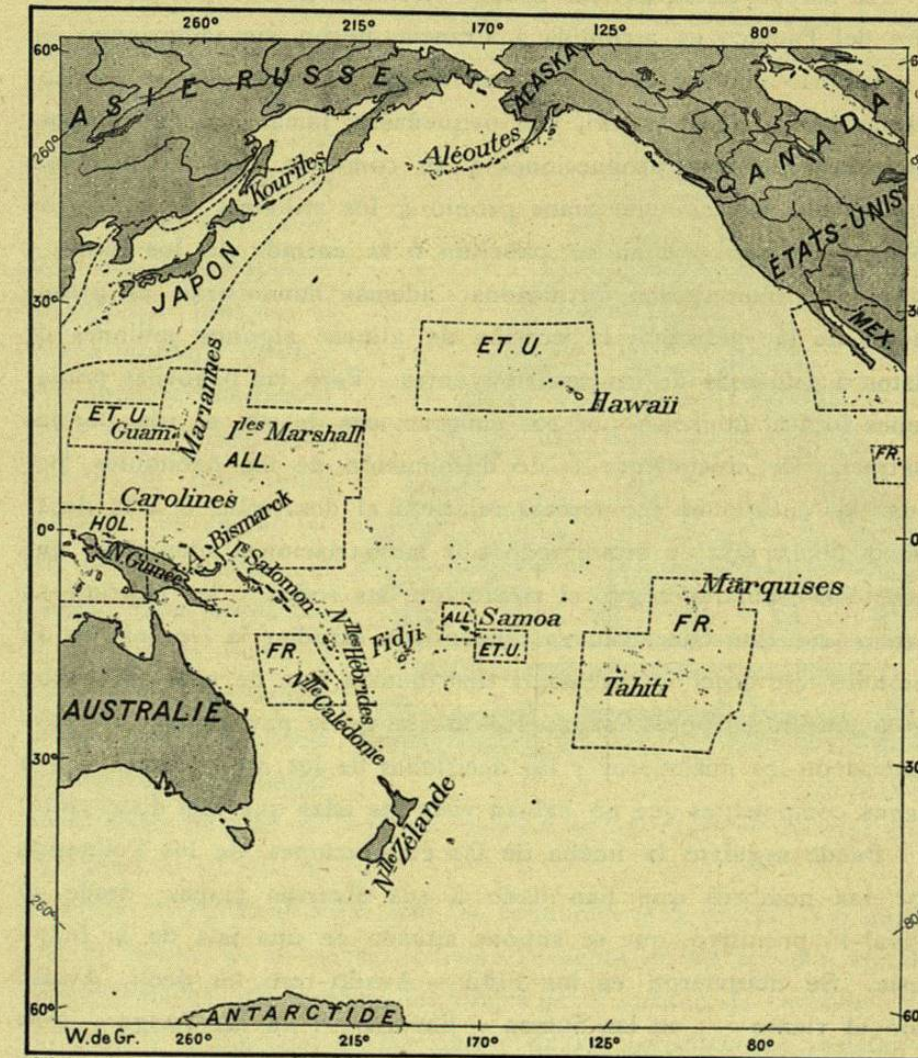


sil sobresale en el movimiento de los géneros por el caucho de los bosques amazónicos y por el café de las provincias litorales, sobre todo de São Paulo, de las «tierras rojas» inagotables. Por sus costas más próximas al continente africano, el Brasil tiene ya relaciones directas con la Guinea, de donde vinieron antes la mayor parte de sus habitantes negros; en un porvenir quizá próximo y por esas costas, entre las que el Atlántico se estrecha hasta las dimensiones de un brazo de mar atravesable en tres días, los ferrocarriles trazados á través de la Mauritania, el Sahara y la alta Nígeria conducirán los viajeros y las mercancías procedentes directamente de la cuenca del Mediterráneo. Rutas rapidísimas, cuya construcción no parece ocupar todavía suficientemente á los hombres de empresa, no dejarán de establecerse hacia el continente meridional del Nuevo Mundo. Pernambuco no estará ya más lejos de París que New-York lo está hoy. En cuanto á los islotes desparramados en la inmensidad del Pacífico, quedarán separados por enormes extensiones, todavía largas de franquear, de la costa que marca el pie de los Andes. Allí es donde se halla la mayor separación entre las zonas de habitación humana. Sin embargo, Chile ha puesto mano en esos espacios oceánicos tomando las tierras de Juan Fernández y la famosa isla de Pascuas, de misteriosas efigies, que nos hablan de una civilización desaparecida.

Al oeste del mundo oceánico, todas las grandes tierras que dependen geográficamente del continente de Asia han entrado ya por la conquista, por la utilización agrícola y comercial, hasta por la colonización, en el círculo inmenso de la civilización de tipo europeo, por mediación de Inglaterra, de Holanda, de Alemania y hasta del pequeño Portugal decaído y de los Estados Unidos desbordantes de fuerza material y de audacia. Después, en medio del Pacífico, se halla el formidable continente australiano, que fué antes una simple dependencia de Europa, á la cual está unido todavía por la dirección de casi todo su movimiento comercial; constituye también un centro de dominación para las tierras circundantes: una parte de Nueva Guinea recibe de la república de Australia sus exploradores y sus inmigrantes, las islas Fidji se hallan en su radio de

explotación capitalista y ya la Nueva Caledonia y las islas inmediatas, que pertenecen á Francia ó que las ambiciona, han dado lugar

N.º 549. Divisiones políticas de la Oceanía.



Las islas no encerradas están bajo la intervención de Inglaterra.

á duras reclamaciones de parte de los Australianos, que se consideran los amos indiscutibles de las inmensidades del Pacífico. Á este respecto no pueden menos de entrar en conflicto con los Americanos

del Norte, que poseen un cable telegráfico á través de toda la extensión del Océano, entre San Francisco y las Filipinas por las escalas de Honolulu, en las Havaii, y de Guam en las Marianas.

La mayor parte de los islotes situados en los parajes orientales del Pacífico es atribuida á Francia, hecho sin importancia en el equilibrio general de la potencia de los Estados, porque casi todas las islas, excepto Taiti, son pequeñas y jamás tendrán importancia real por sus producciones y su comercio: dan simplemente una corta satisfacción de amor propio á los militares de la nación dominadora que plantan su pabellón á la entrada de los pasos y sobre los promontorios fortificados; además suministran al presupuesto de la metrópoli la ocasión de alinear algunos millones de gastos á expensas de los contribuyentes. Pero las pequeñas poblaciones locales interesan por sus emigraciones de isla en isla, por los contrastes de crecimiento ó de disminución de los habitantes, por todas las cuestiones económicas relativas al desarrollo ó á la decadencia de la raza, y sobre todo por las variaciones admirables que sufren los insulares según el medio que les rodea y les imprime su marca. En este concepto, es conveniente estudiar la Oceanía en su conjunto, sin tener en cuenta la distribución que de ella han hecho las potencias europeas, según los azares de la navegación, las exigencias de los misioneros y las decisiones de los diplomáticos más ó menos competentes que no habían visto las islas que han distribuido.

Puede seguirse la huella de las emigraciones de los Polinesios por los nombres que han dado á sus diversas etapas, desde el Havai-ki primitivo, que se supone situado en una isla de la Indonesia. Se detuvieron en las Fidji — Avaiki-raro, es decir, Avaiki bajo el viento —; en las Samoa — Savai-i —; en las Tonga — otro Avaiki-raro; en Raiatea — Havai-i —; en Taiti — Avai-ki runga, ó sea Avai-ki «al viento» —; en Fakarava (Archipiélago Pomotú) — Havai-ki —; en las Sandwich — Havai-i —; por último, en la Nueva Zelanda — Avai-ki-tau-tau, Avaiki del «fuego»¹.

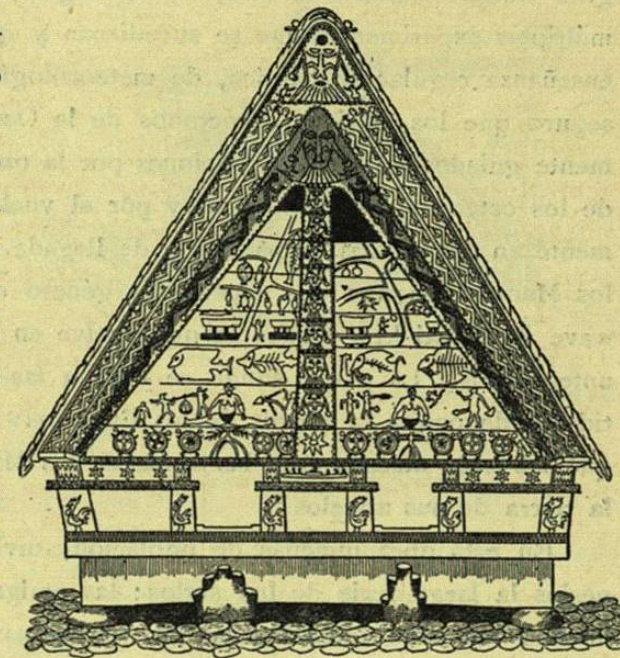
Todas las tradiciones hacen venir á los Polinesios de Occidente, y las formas lingüísticas apuntan en la misma dirección, hacia la

¹ Paul Huguenin, *Raiatea la Sacrée*, ps. 67-68.

región malaya. Percy Smith designa resueltamente la India como lugar de origen de todos los insulares del mundo oriental¹. El soplo regular de los alisios, que va constantemente en la dirección de Este á Oeste, es decir, en sentido inverso del movimiento de emigración de los Indios, diferenciados gradualmente en Indonesios y en Polinesios, esta marcha

de los aires fué indudablemente un obstáculo á los viajes marítimos, pero no un obstáculo invencible, porque el viento normal es frecuentemente interrumpido por remolinos aéreos de direcciones diversas: así en las islas de la Sociedad, el *toerau*, que sopla en el sentido de Norte á Sud, es muy frecuente; los marinos de Raiatea le esperan para bogar hacia Taiti, porque saben que una vez allí no

tardarán en hallar la brisa que les conducirá á la patria. Lo mismo que el viento, la corriente oceánica presenta en su aspecto algunas irregularidades que facilitan los viajes en el sentido de Oriente. Por la forma y la posición de las islas y de los arrecifes que resisten la oleada, se determinan corrientes laterales; pero el fenómeno capital que los navegantes hubieron de utilizar es la existencia de esa contracorriente regular que, de ambos lados del ecuador, corre en medio de la corriente mayor de las aguas del Pacífico². En sus grandes expediciones, los marinos oceánicos podían, pues, dejarse llevar alter-



Cl. del *Globus*.
FACHADA ANGULAR DE CASA COMÚN EN LAS ISLAS PALAN

¹ *Hawaiki the whence of the Maori*, «Journal of the Polynesian Society», Septiembre de 1898 á Marzo de 1899.

² Véase el mapa de las corrientes del Pacífico, p. 421, tomo IV.

nativamente al Este ó al Oeste, sobre la redondez del globo. Á esa corriente de reflujo atribuye Quatrefages la causa principal en la historia de la población de las islas de la Oceanía.

Pero, de hecho, era preciso descubrirlas, y en esto debe admirarse la iniciativa y la audacia que se desarrolló en los insulares del gran Océano durante la serie de los siglos, á consecuencia de los múltiples experimentos que se sucedieron y que aseguraron por una enseñanza regular de náutica, de meteorología y de astronomía. Es seguro que los marinos autóctonos de la Oceanía fueron frecuentemente guiados en sus emigraciones por la observación de la marcha de los cetáceos y de los peces y por el vuelo de las aves, especialmente en sus puntos de partida y de llegada. En la Nueva Zelanda, los Maoris designan una especie de género cucú por el nombre de «ave de Havai-ki» y cuentan que vuelve en invierno al país de sus antepasados. La playa donde se reúnen las aves antes de su partida se denomina la «bahía de los Espíritus»: sin duda se imaginaba que las aves mismas eran las almas de los Maoris que volaban hacia la tierra de sus abuelos¹.

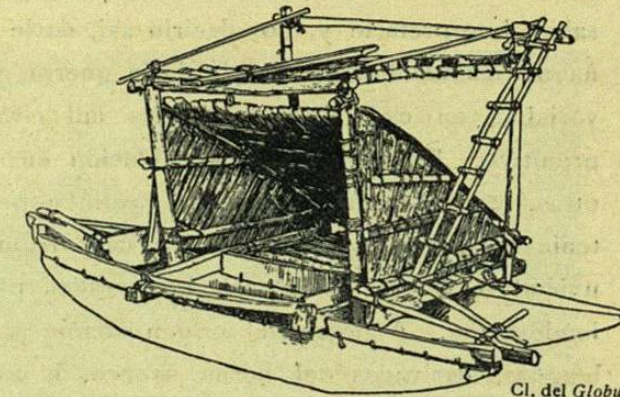
En esta obra inmensa de población, tuvieron para sí los Polinesios la larga serie de los siglos: las emigraciones no se hicieron de una vez, sino intentándolas muchas veces y con éxitos y fracasos alternados, con desviaciones y retrocesos; hubo expediciones que desaparecieron por los naufragios, las batallas ó el hambre. Con frecuencia también hubo bandas de emigrantes de orígenes distintos que desembarcaron en una misma isla y el régimen de la sociedad local se cambió bruscamente. Á consecuencia de esta sucesión de agregaciones humanas se constituyeron las castas, los últimos y más fuertes invasores se hicieron reyes (*Arioi*) y jefes (*Raatira*), mientras que los serviles de la plebe que se llamaban autóctonos formaban la multitud de los *Manahuna*. Esta jerarquía de las castas, tal como existe en las islas «bajo el viento», se reproduce en muchas otras tierras con denominaciones diferentes. Además, cada agrupación local emplea numerosos sinónimos procedentes de las capas sucesivas de poblaciones inmigrantes².

¹ Taylor White, *Nature*, Mayo, 1899, p. 30.

² Paul Huguenin, *Rataieia la Sacrée*.

La última ola de inmigración conquistadora es reciente: se dirigió de la Indonesia hacia las Fidji, evitando las tierras habitadas por las poblaciones de piel negra, después invadió las Samoa y las Tonga pasado el siglo X; doscientos años más tarde ocupaba ya las islas Havaii, y hacia 1350 arribaban flotas invasoras á Nueva Zelanda.

De allí la emigración de los Polinesios llegó hasta Rapanui, ó isla de Pascuas, la tierra más avanzada en la dirección de la costa americana: la similitud de los dialectos hace incontestable la comunidad de origen. Si los indígenas de Rapanui han esculpido en piedra los colosales ídolos que se



Cl. del Globus.

BARCO DE ALTA MAR
usado en Samoa antiguamente.

encuentran en la isla, la causa estriba en la falta de árboles: el estilo de aquellos monumentos es indudablemente el mismo que el de las estatuas de madera erigidas en las islas frondosas del resto de la Oceanía. Así los insulares han debido recorrer de etapa en etapa la inmensa extensión de los mares que separa el Asia de América. En cuanto á los viajes de algunos centenares ó millares de kilómetros, nos son atestiguados por las leyendas, por los cruzamientos de razas y de lenguas y hasta por la historia directa. Durante el período moderno se ha visto á los Chamorros de las Marianas establecerse en la parte central del archipiélago de las Carolinas, después de haber hecho escala en las islas de Uluthi, de Uleai y de Lamotrek: Christian ha reconocido huellas muy claras del lenguaje de los Marianeses en el grupo carolino de las islas Mortlock.

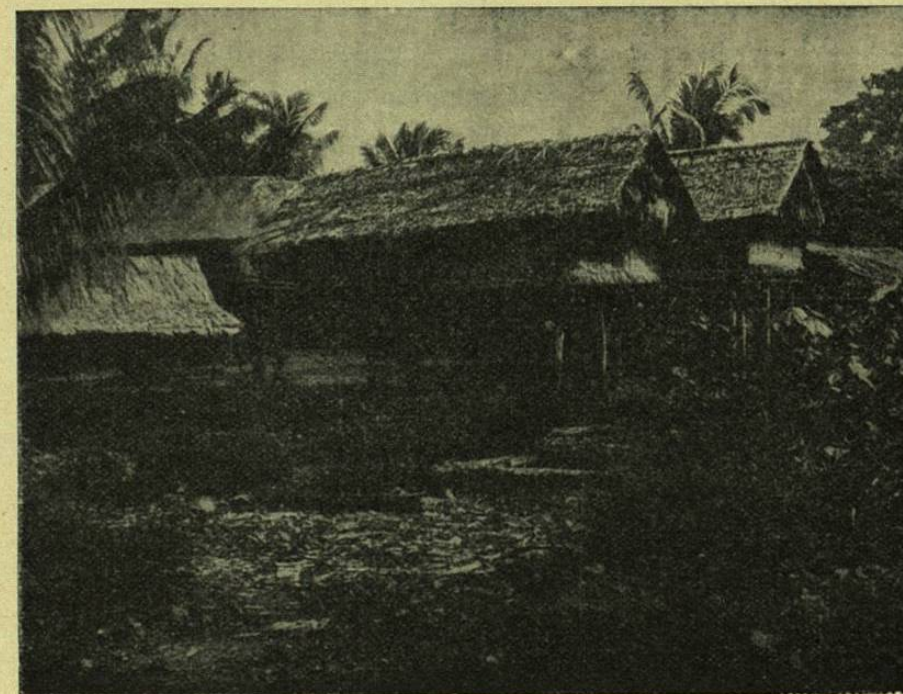
La belleza de la residencia predispone naturalmente al viajero á imaginarse una especie de armonía preestablecida entre los insulares y las encantadoras tierras que habitan. Se desearía que esos indígenas hubiesen respondido siempre por el carácter y las costumbres á la admirable naturaleza en que vivían: hubieran debido

ser uniformemente bellos y fuertes, amables, generosos, pacíficos. Pero no era así, excepto en algunos islotes privilegiados, donde la población, formando un mundo aparte en condiciones perfectamente igualitarias, se había llegado á no conocer la distinción entre lo tuyo y lo mío. El bello ambiente del suelo, de las aguas y de los aires no se hace educador sino con la ayuda de los hombres que saben interpretarle y, por decirlo así, darle un alma. Pero la enseñanza recibida fué siempre la de la guerra, y las formas de conflicto variaban en cada isla, según las mil circunstancias del contacto primitivo. El reparto de la población en tierras alejadas unas de otras, constituyendo todas un medio especial bien caracterizado, tenía ya por consecuencia dar á cada tribu un carácter particular, uniéndose á esos contrastes los creados por las vicisitudes de la inmigración. Á pesar del origen común y de la semejanza de las lenguas, derivadas del mismo tronco, la evolución siguió en cada territorio vías propias: los Melanesios se parecen poco á los Havaianos, los de las Marquesas contrastan mucho con los de las islas de la Sociedad, los Samoanos y los Maoris habían llegado á ser muy diferentes durante una separación de algunos siglos.

Los contactos que se produjeron sucesivamente en los diversos archipiélagos entre los antiguos inmigrantes convertidos á la propia consideración en aborígenes, propietarios inmemoriales de la montaña ó del arrecife, y los arrogantes invasores, que por el derecho de la fuerza se atribuían cuanto les convenía, cabañas, bosques y los mismos habitantes, todos esos choques habían producido casi en todas partes un estado permanente de guerra abierta ó de opresión, es decir, de guerra regularizada. Se habían constituido las castas, dominadas por la clase superior de los *arioi*, que eran los amos, los nobles, los grandes detentadores del suelo, las gentes de títulos, de fortunas y de privilegios, que podían permitirse echar el *tapu* (tabou) sobre todas las cosas que querían prohibir al pueblo, reservándose para sí mismos.

Entre esos privilegios de los nobles había uno que consistía nada menos que en el derecho de comerse las gentes de la plebe. En las Marquesas y en las Fidji era una costumbre honrosa, que aconsejaban los sacerdotes en las circunstancias graves y que se

explicaba claramente por la antigua superstición del sacrificio sangriento, lo mismo en las tradiciones arias y semíticas, politeístas y monoteístas, que judías y cristianas, porque en las mismas islas en que los hombres habían cesado de comer la carne humana, por repugnancia instintiva, los abuelos habían conservado el gusto y era preciso continuar sirviéndosela (Lippert). La idea, que se presenta



Cl. H.-B. Guppy.

CASAS SOBRE ESTACAS, ISLAS FAURO (ARCHIPIÉLAGO SALOMON)

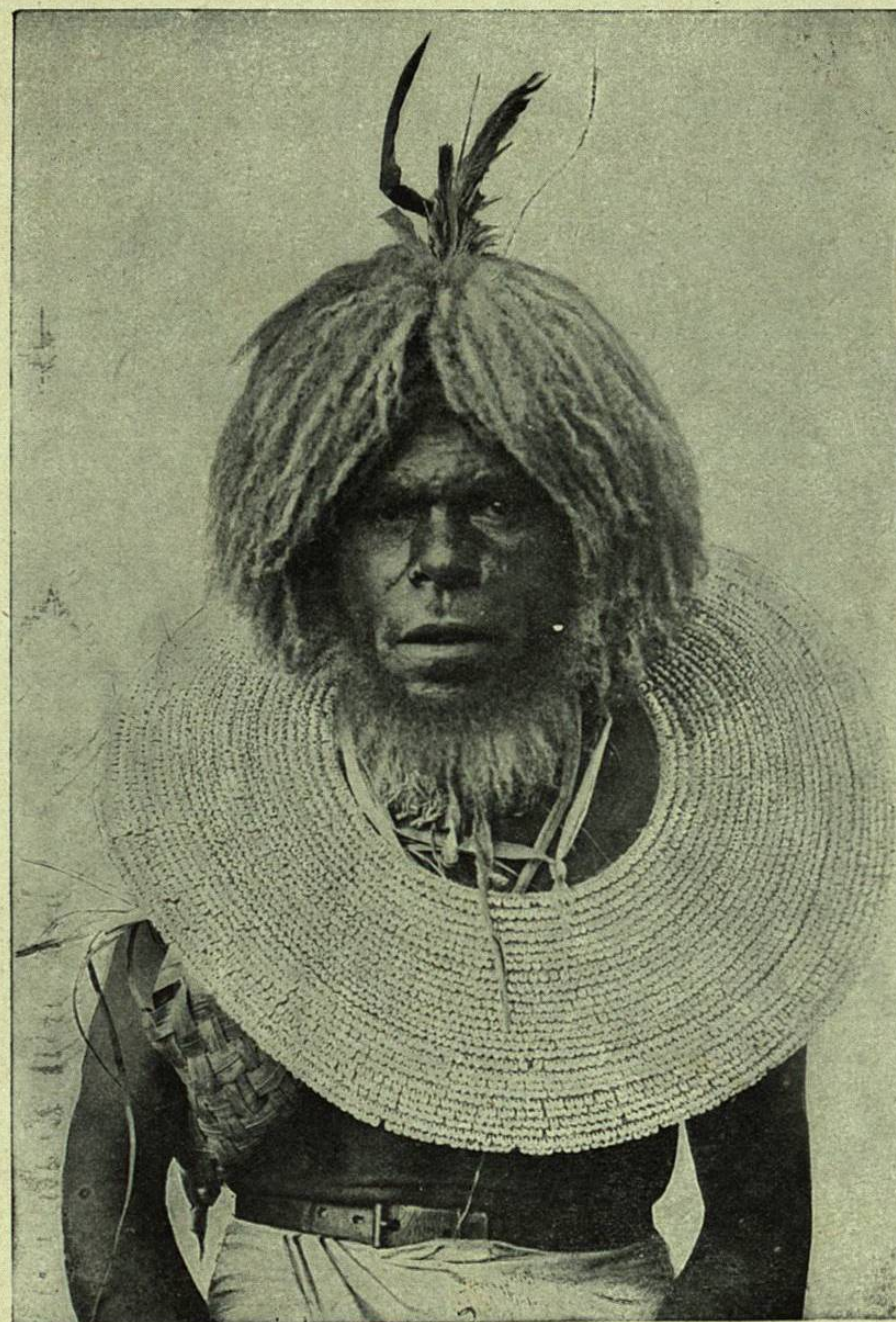
espontáneamente á los espíritus sencillos, de que la sangre nutre la sangre y que el corazón dobla el corazón, contribuía también á justificar la antropofagia á los ojos de los jefes y de los sacerdotes, pero los grandes reyes no tenían necesidad de tradiciones religiosas ni de razones antropológicas, les bastaba tener hambre de carne humana. El famoso rey fidjiano Thakambau, que murió rodeado de cortesanos británicos y grandemente pensionado por el Tesoro inglés, era uno de esos potentados que suelen prescindir de excusas: cuando uno de sus súbditos le parecía á punto para una excelente comida, le hacía una señal: el desgraciado comprendía y él

mismo iba á la huerta á recoger las batatas y legumbres y verduras que habían de acompañar y sazonar su propio cuerpo bien asado. Ahora, la voluntad de nuevos amos, los Europeos, ha desterrado la real práctica de la antropofagia, pero téngase en cuenta que la conservación del canibalismo fué reivindicada por los partidos conservadores de las Fidji, en nombre de los «principios» y de la «sana moral». Como decían los defensores de los tiempos antiguos, ¿cómo proteger la sociedad sin contener las clases bajas por un justo terror?

Conviene observar que muchos archipiélagos habían abandonado las costumbres de las «comidas del gran puerco» mucho antes que Cook hubiera atravesado los mares. Apenas subsistieron hasta el siglo XIX más que en las Fidji, en las Marquesas, en Melanesia y en la Nueva Zelanda. En Taiti, en Samoa, en las islas Gilbert, en las Marschall, ciertas tradiciones y ceremonias, incomprensibles hoy, indican que el canibalismo fué allí practicado hace algunos siglos, pero no puede afirmarse que haya sido conocido en Havaii. Por otra parte, esas prácticas sanguinarias se alían muy bien en Oceanía con una gran benevolencia recíproca, del mismo modo que el infanticidio va allí unido con un respeto al niño que sólo excepcionalmente se encuentra en Europa. De hecho el Marquesiano no pone más mala intención en sacrificar á su camarada designado por los sacerdotes, que un campesino francés en matar su cerdo. En ambos casos se derrama la sangre porque no se imagina que pueda obrarse de diferente manera; pero los muertos se vengán, y el temor de los espíritus que sufren los vivos constituye el fondo íntimo de la religión polinesia¹.

La isla maravillosa de Taiti, en la que Bougainville y sus compañeros vieron una «nueva Cytherea» y que, después de aquel navegante, tantos pintores han descrito y tantos poetas han cantado, no era solamente la isla del amor, sino también un lugar de prácticas horribles, introducidas por la casta aristocrática de los Oros, gentes ociosas, que se honraban no haciendo nada con sus dedos y que engordaban conscientemente para darse un aspecto imponente. Actualmente aún los nobles procuran distinguirse por una majestuosa obesidad, que los antropólogos han querido considerar como

¹ R. L. Stevenson, *In the South Seas*, p. 144 y siguientes.



Cl. de la Sra. Massieu.

CANÍBAL DE LAS ISLAS SALOMON Ó SOLOMON